

lante , dragon por detrás , cabra en el medio , vomitando horriblos torbellinos de fuego. »

El prólogo del poema , especialmente , recibió un aumento excesivo. La *Teogonía* , con sus numerosas adiciones , apenas cuenta un millar de versos , y el prólogo tiene ciento quince : particularidad que es ya en sí muy extraordinaria. Su exámen confirma las sospechas que no podemos menos de concebir á primera vista : desde luego se conoce que el verdadero prólogo de la *Teogonía* solo se componia primitivamente de los treinta y cinco versos en que el poeta refiere las danzas y los cantos de las musas en las cumbres del Helicon , y cómo recibió de ellas el don de la poesía con el ramo de laurel , y de los doce versos en que pide á las musas que le revelen lo que saben de la historia de los dioses y de sus genealogías. Toda la parte intermedia no tiene relacion alguna con la *Teogonía*. Primero es un himno en que se ensalza á las musas como á poetisas , hijas de Júpiter y naturales de Pieria , cerca del Olimpo ; sigue luego una enumeracion de las musas , y una relacion de los beneficios que dispensan á los hombres. Puede admitirse en rigor que esos cantos en honor de las musas son obra de Hesíodo , y dignos de él , si bien parece indudable que este no los habia destinado á figurar allí donde se intercalaron. Los últimos versos de la *Teogonía* , desde el 963 , opinan ciertos críticos que son una transición añadida mucho tiempo despues , con cuya ayuda se habia unido la *Teogonía* al poema denominado *Catálogo de las Mujeres* , ó *Grandes Eeas*. Por lo demás , no se observan en la *Teogonía* vacíos muy importantes ; de suerte que para tener en su cabal pureza la obra de Hesíodo , basta hacer al-

gunas supresiones , quitando al poema unos ciento cincuenta versos.

Una obra tan corta , y que en su mayor parte se compone de una enumeracion de nombres propios , no podia menos de pecar de árida. En efecto , vemos que el autor apenas tuvo otro objeto que redactar un catálogo razonado de las divinidades conocidas en su tiempo , y levantar , digámoslo así , el árbol genealógico de la familia divina. Algunas veces los nombres vienen uno tras otro , sin adornos , y el poeta desaparece completamente detrás del nomenclator ; pero por lo comun cada divinidad está caracterizada con algun rápido rasgo tomado de su leyenda , ó cuando menos , lleva algun poético epíteto. Otras veces , en fin , da Hesíodo mas libre vuelo á su imaginacion , dejándola que se espacie en relatos mitológicos dignos de la verdadera epopeya.

Para dar una idea de la entonacion general de la obra , transcribiremos el principio del poema propiamente llamado. «Pues, ante todas las cosas fué el Cáoos, y luego la Tierra de ancho seno , inalterable morada de todos los seres, y el tenebroso Tártaró en las profundidades de la tierra inmensa, y el Amor, el mas hermoso dios inmortal, el Amor, que ablanda las almas y reina sobre todos los dioses y todos los hombres , reprimiéndoles en su pecho el corazon y las prudentes resoluciones. Del Cáoos nacieron el Erebo y la negra Noche. La Noche engendró al Eter y al Dia, fecundada por las caricias del Erebo. La Tierra produjo primero al estrellado Cielo, igual en grandeza á ella misma, á fin de que la cubriese por completo y fuera eternamente la inalterable mansion de los dioses bienaventurados ; en seguida produ-

jo los altos montes , graciosas residencias de las ninfas, que moran en las montañas de gargantas profundas. También engendró á Ponto , estéril mar de alborotadas olas, pero sin disfrutar de los encantos del placer ; luego , habiendo compartido el tálamo del Cielo , engendró al Océano de abismos profundos , y á Ceo , y á Crio , y á Hiperion , y á Japet , y á Tia , y á Rea , y á Témis , y á Mnemosina , y á Cebea de áurea corona , y á la amable Tétis. Después de todos esos , dió á luz al astuto Saturno, su mas terrible hijo , que fué enemigo de su vigoroso padre. Engendró además á los Ciclopes , etc. (1).»

Hesíodo nombra á los demás hijos del Cielo , ó Urano, y de la Tierra ; en seguida refiere la contienda de Urano y sus hijos , cómo Saturno mutiló á su padre con la hoz que la misma Tierra forjara , y cómo de la sangre de Urano mutilado nacieron otras divinidades, y entre ellas Afrodita. Viene luego la larga enumeracion de los demás dioses, cuyo nacimiento tuvo efecto , segun la tradicion , en la época que habia precedido al reinado de Saturno y la mutilacion de Urano. Vese después á Saturno devorando á sus hijos, á Rea salvando á Júpiter , y á este , con la ayuda de los Titanes , esto es , de los hijos de Urano y la Tierra, derribando á su vez á Saturno , y estableciendo su imperio sobre los hombres y sobre los inmortales. La guerra de Júpiter y de los nuevos dioses contra las divinidades titánicas llena casi todo el resto del poema. Esta es la parte en que Hesíodo , arrebatado por el asunto , dió mas alas á su imaginacion poética , sin curarse mucho de si quedaba en las justas proporciones de un episodio. No parece sino que qui-

(1) *Teogonía* , v. 116 y sig.

so hacer olvidar alguna *Gigantomaquia* de uno de los aedas que le precedieran. Sentimos que el trozo sea sobrado largo , pues quisiéramos trasladarlo íntegro : la inmensidad del campo de batalla , la magnitud de la lucha y la naturaleza de los combatientes, prestan á ese cuadro cierto matiz sombrío y extraordinario , que á nada se parece de lo que nos ha transmitido la antigüedad. Citaremos solo algunos pasajes.

« Ambos partidos desplegaban su audacia y la fuerza de sus brazos. Resuena un horrible estruendo en el mar sin límites ; la tierra arroja un prolongado rugido ; agítase y gime el ancho cielo ; tiembla el Olimpo hasta en sus cimientos , bajo el choque de los inmortales. La terrible conmocion se hace sentir hasta en el tenebroso Tártaro... Entonces Júpiter ya no reprime su ira. Su alma se llena al punto de furor , y él despliega toda su fuerza. Lánzase impetuoso de las alturas del cielo y del Olimpo , fulminando centellantes llamas : los rayos volaban sin tregua de su potente diestra , en medio del trueno y de los relámpagos, haciendo rodar una llama sagrada. La madre tierra rugía abrasada , y los dilatados bosques chispeaban envueltos por el incendio. La tierra hervia á lo léjos , y las aguas del Océano , y el mar estéril. Un vapor encendido cercaba á los Titanes hijos de la Tierra ; la llama se elevaba á lo infinito en el aire divino , y los combatientes , por mas bravos que fuesen , estaban ofuscados por el deslumbrante brillo de los rayos y relámpagos. El vasto incendio invadió el mismo caos... Coto , y Briareo , y Gias insaciable de guerra , habian excitado en los primeros puestos un combate refinísimo. Con sus poderosas manos lanzan de repen-

te trescientos peñascos, y envuelven á los Titanes en una nube de flechas. Vencedores de aquellos valientes enemigos, precipítanles debajo de la ancha tierra, y cárganles de crueles cadenas, en aquellos abismos tan profundamente hundidos debajo de la tierra como el cielo se eleva sobre su superficie. Que un yunque de bronce, cayendo del cielo, bajaría nueve noches y nueve días, y llegaría á la tierra en el décimo día; y un yunque de bronce, cayendo de la tierra, bajaría nueve noches y nueve días, y llegaría en el décimo día al Tártaro. El abismo está rodeado de una barrera de bronce. En torno de la abertura la noche derrama sus sombras de triple pliegue. Allí los dioses Titanes son encerrados en las oscuras tinieblas, de orden de Júpiter amontonador de nubes (1).»

Autenticidad de ambos poemas.

Hay tal semejanza de carácter y estilo entre la *Teogonía* y las *Obras y Días*, que no puede ponerse en duda el estrecho parentesco de ambos poemas. Es el mismo modo de composición, ó si se quiere, el mismo descuido de lo que así llamamos; es la misma predilección de los temas favorables, á costa de la armonía del conjunto; es el mismo movimiento, el mismo giro de ideas; son las mismas frases llenas de sentido, pero lánguidas á veces y algo oscuras; es la misma versificación sencilla y el mismo sistema de prosodia; es la misma lengua con su sabor beocio y antiguo. A pesar de la profunda diferencia de los argumentos, descúbrese alguna vez en uno y otro poema la señal de las mismas preocupaciones, los mismos sentimientos, las mismas ideas. Pero en nin-

(1) *Teogonía*, v. 677 y sig.

guna parte se manifiesta mas la unidad de autor que en los pasajes donde se trata de la mujer. Hesíodo no es un adulador del bello sexo. Las mujeres buenas para el gobierno doméstico escasean en todo tiempo; y no es práctica moderna la de tender las coquetas sus redes por el mundo. El poeta del trabajo, de la paz y del bienestar, ve el tipo de la mujer, tal como es muy á menudo, en aquella Pandora destinada por Júpiter á ser al mismo tiempo el encanto y el azote de los hombres. «Al instante el ilustre cojo, Vulcano, obediendo la voluntad del hijo de Saturno, formó con tierra una figura que se parecía á una casta virgen. Las divinas Gracias la prendieron collares de oro, y las Horas de hermosa cabellera la coronaron con las flores de la primavera. Palas Minerva la engalanó el cuerpo con un completo atavío. El mensajero de los dioses, el matador de Argos, dócil á la voluntad del tonante Júpiter, la armó el corazon de mentiras, de palabras artificiosas y de sentimientos péfidos. El heraldo de los dioses la dió tambien una voz articulada; y llamó Pandora á la tal mujer, porque todos los habitantes del Olimpo la habian hecho cada cual su don, á fin de que fuera una calamidad para los industriosos mortales (1).» Al contar á su hermano esa antigua leyenda, llevaba Hesíodo una mira del todo práctica y moral. Los consejos que dá á Pérses en algunas partes, denotan bastante el sentido que les atribuye: encomiéndale que desconfie de las mañas de aquellas mujeres que mas anhelan poseer su bolsillo que su corazon; previénale contra los que aun en el día se llaman buenos casamientos, diciéndole que tome su mujer de una familia vecina y conocida. «Exa-

(1) *Obras y Días*, v. 70 y sig.

mina atentamente antes de elegir, para que tu casamiento no te convierta en el hazmereir de tus vecinos. Si para el hombre no hay mejor adquisicion que la de una mujer virtuosa, tampoco hay peor calamidad que una mala mujer.... Sin tea consume á su esposo, y lo entrega á la cruel vejez (1).»

No es extraño que el mito de Pandora figure tambien en la *Teogonía*, donde naturalmente estaba señalado su lugar. Solo un hombre podia añadir á la leyenda la afabulacion algo brutal que la sigue, y ese hombre es Hesíodo, el poeta á quien acabamos de oír. «De Pandora nació la raza de las mujeres de fecundo seno. Sí, de ella viene esa raza funesta; las mujeres, azote cruel que habita entre los hombres; las mujeres, que se acompañan, no de la pobreza, sino de la opulencia. Así como cuando las abejas, en sus techadas colmedas, alimentan á los zánganos que solo saben hacer mal: todo el día, hasta que se pone el sol, trabajan activamente formando blancos panales de miel, interin ellos, por el contrario, no se mueven del interior de las techadas colmedas, llenándose el vientre con el trabajo ajeno; así Júpiter que truena en los aires impuso á los mortales el azote de las mujeres.... Aquel que, huyendo del matrimonio y de la enfadosa compañía de las mujeres, no quiere tomar esposa y llega á la fatal vejez, ese hombre vive privado de los cuidados necesarios, y á su muerte los colaterales se reparten sus bienes. El que sufre el destino del matrimonio y posee una mujer llena de castidad y discrecion, hasta en ese el bien se compensa con el mal. Pero el hombre que ha ido á

(1) *Obras y Dias*, v. 699 y sig.

encapricharse en una ralea perversa, lleva toda su vida en el corazon un pesar infinito (1).»

Las grandes Eeas.

Hacia el fin de la *Teogonía*, despues de enumerar Hesíodo á los hijos de Júpiter y algunas otras divinidades, dirígese de nuevo á las musas, y anuncia que va á cantar á las diosas que se unieron con simples mortales y dieron á luz á hijos semejantes á los dioses. Esa lista suplementaria coge una cincuentena de versos, y termina con estas palabras, que son tambien las últimas de la *Teogonía*: Ahora cantad el tropel de las mujeres, ó musas armoniosas, hijas de Júpiter que tiene la égida (2).» Esas mujeres son las que tuvieron comercio con los dioses y que Hesíodo habia celebrado, á ellas y sus hijos, en una série de noticias épicas, ligeramente enlazadas una con otra, y comprendidas en el título comun de *Catálogo de las Mujeres* ó de *Grandes Eeas*. Poco importa que toda la última parte de la *Teogonía* fuese, como algunos pretenden, añadida mas adelante, para reunir el poema religioso y la epopeya de las mujeres: teníase á Hesíodo por autor de la misma epopeya, y eso basta. El título de *Grandes Eeas*, ó sencillamente *Eeas* (*μεγάλαι ἑοῖαι*, ó *ἑοῖαι*.) con el cual se cita muchas veces por los antiguos el *Catálogo de las Mujeres*, dimana de que la leyenda de la mayoría de las heroínas se referia á las precedentes relaciones con las dos palabras *ἡ οἷα*, ó *tal que*. Hé aquí, por ejemplo, el principio de la parte del poema concerniente á Alcmena, madre de Hércules: «O tal que, abandonando

(1) *Teogonía*, v. 509 y sig.

(2) *Ibid.*, v. 1021 y 1022.

su morada y su país, vino á Tébas para seguir al belicoso Anfitrión, Alcmena, hija de Electrion, intrépido caudillo de los guerreros (1).»

No se sabe fijamente el número de las heroínas que celebró Hesíodo. Los versos que quedan de la epopeya de las mujeres se refieren á Coronis, madre de Esculapio, hijo de Apolo; á Anfiópe, madre de Zeto y de Anfión, hijo de Júpiter; á Mecionice, madre de Enfemo, hijo de Neptuno; á Cirene, madre de Aristeo, hijo de Apolo. Y hasta parece que alguna de esas leyendas se añadió mas adelante á la obra primitiva. La de Cirene, jóven tésala á quien Apolo trasladara á Libia, donde ella dió á luz á Aristeo, datará, segun ciertos críticos, de una época posterior á la fundación de la ciudad de Cirene en las costas de la Libia, esto es, de algunos siglos despues de Hesíodo. El fragmento de la leyenda de Alcmena, cuyo principio hemos citado, es bastante largo, pues contiene cincuenta y seis versos, que se siguen sin interrupcion, y en los cuales explica el poeta los motivos que obligaran á Anfitrión á refugiarse en Tébas, el amor de Júpiter á Alcmena, la ausencia y el regreso de Anfitrión, y el nacimiento de Hércules y su hermano. Eso es claramente una parte no mas de leyenda. La relacion de las hazañas de Hércules y la descripcion de los tormentos que sufrió la madre de un héroe tan duramente experimentado, hubieron de prestar rica materia á la inspiracion poética. La exclamacion de Alcmena que se nos ha conservado: «¡Oh hijo mio, Júpiter, tu padre, te hizo pues nacer para ser desgraciado y valiente entre todos!» ese patético grito, exhalado del corazon de una madre, prueba á lo menos que

(1) *Escudo de Hércules*, v. 1 y sig.

Hesíodo hizo de la leyenda una como *Heracleida*, en la cual tambien intervenia Alcmena.

El escudo de Hércules.

En las ediciones de Hesíodo, inmediatamente despues del gran fragmento de cincuenta y seis versos, viene sin transicion alguna la relacion del combate de Hércules contra Cicno, hijo de Marte, y contra este mismo dios. Esa relacion es interrumpida á su vez por la minuciosísima descripcion del escudo que llevaba el hijo de Alcmena, y continua al cabo de ciento ochenta versos. El conjunto inconexo formado por esas tres partes diversas es el supuesto poema llamado el *Escudo de Hércules*. La relacion del combate no es verosímilmente un trozo de las *Eeas*: Hesíodo no hubiera dado tanta extension al menos renombrado quizás de los doce trabajos de Hércules, precisamente en una epopeya donde la leyenda de Alcmena y su hijo ocupaba un lugar muy reducido. Por otra parte, allí se descubre una mano que no es la de Hesíodo; se halla algun verso de las *Obras y Dias* casi textualmente transcrito, y un gran número de expresiones y formas hesiodeas; pero á cada paso se advierten las palabras, los giros de Homero, y hasta sus comparaciones. Con todo eso, no es un centon, una produccion sin originalidad y sin valor: tiene animacion, energía; el estilo no carece de fluidez y entonacion. Es obra de un hombre de talento, y el resto, segun todas las apariencias, pertenece á algun himno en honor de Hércules, ó á alguna de las *Heracleidas* que compusieron los poetas de la edad posthomérica.

La descripcion del escudo se distingue tambien por sus

calidades poéticas. Es cierto, atendida su extension, que no se hizo para la relacion en que está intercalada; y aun lo es mucho mas que no se debe al ingenio de Hesíodo. El que describió el escudo de Hércules tenía presente la descripción del de Aquiles, y hasta pudiera afirmarse que en ciertas partes se empeñó en rivalizar con Homero. En otro capítulo hemos citado, á propósito del canto de himeneo, la relacion de un cortejo nupcial, segun el escudo de Aquiles. Trázase una escena parecida en la descripción del escudo de Hércules, con circunstancias análogas y en términos á veces idénticos. Esa descripción provendrá indudablemente de alguna grande epopeya, pues los himnos religiosos, por su brevedad, no consentian tales accesorios. Seria perder tiempo investigar el nombre del poeta que la compuso, y el siglo en que este vivió: solo puede afirmarse que dicho poeta no es Hesíodo, ni tiene la entonacion, ni el estilo, ni siquiera el habla del autor de la *Teogonía* y de las *Obras y Dias*.

Obras atribuidas á Hesíodo.

Atribuíanse antiguamente á Hesíodo una infinidad de obras hoy perdidas, de las cuales apenas quedan los títulos: como por ejemplo, un poema didáctico sobre la equitación, intitulado *Lecciones de Quiron*; otro poema didáctico sobre la *Ornitomancia* ó arte de adivinar los agüeros de las aves; la *Melampodia*, epopeya en honor del famoso rey adivino Melampo de Argos; el *Egimio*, otra epopeya en honor de un héroe dorio de este nombre, amigo y aliado de Hércules; algunos poemas mas cortos, ó bien fragmentos épicos, como el *Casamiento de Ceix*, el *Epitala-*

mio de Peleo y Tétis, la *Bajada de Teseo y Piritoo á los infiernos*, etc.

Era el nombre de Hesíodo uno como centro poético, alrededor del cual se habian agrupado casi todas las producciones de la que pudiéramos llamar escuela beocia, aquellas cuyos autores habian guardado el anónimo, ú ocultándose á la sombra del poeta nacional de los eolios. No era empero universal la creencia en la autenticidad de esas obras, y hasta hubo algunos que llevaron algo léjos su escepticismo: de forma que en tiempo de Pausanias los beocios calificaban de espúreos, no solo los poemas há poco citados, sino las *Eeas* y tambien la *Teogonía*. Segun ellos, el único poema que dejó Hesíodo, era el de las *Obras y Dias*. ¿Qué importa que Hesíodo fuese mas ó menos fecundo? Aunque no hubiese compuesto mas que las *Obras y Dias*, tambien hubiera merecido que los griegos le tuviesen por un poeta de primer orden, y que su nombre figurase tan repetidamente al lado del de Homero.

CAPÍTULO VI.

Himnos homéricos y poemas cíclicos.

CARÁCTER DE LOS HIMNOS HOMÉRICOS.—HIMNO Á APOLO DELIO.—HIMNO Á APOLO PITIO.—HIMNO Á MERCURIO.—HIMNO Á VÉNUS.—HIMNO A CÉRES.—HIMNO Á BACO.—EL CICLO POÉTICO.—ESTASINO.—ARCTINO.—LÉSQUES.—AGIAS Y EUGAMON.—LA TEBAIDA, LA HERACLEIDA, ETC.

Carácter de los himnos homéricos.

Los himnos que poseemos con el nombre de Homero pueden colocarse entre los mas antiguos monumentos de la